

Todo el mundo tiene secretos. Yo tengo un secreto. ¿Tú no? ¿En lo más profundo, en el fondo de tu corazón, como suele decirse?

Claro que sí. El paquete de chicles que te llevaste de la tienda de la esquina, la cerveza que te ventilaste una tarde de verano en un rincón del sótano, la revista porno que guardabas bajo el colchón para animar las tardes aburridas. ¿Y el ingreso que nunca declaraste, el título que compraste por Internet, la aventura de una noche que nunca le contaste a tu cónyuge?

Secretos. Todos los tenemos. Son nuestras postales del infierno; postales que nunca enviamos, recuerdos de viajes oscuros que organizamos en los muros interiores de nuestras vidas, parte del revés del tapiz, por así decirlo. Algunos secretos los creamos, otros vienen a nosotros. Pequeños o grandes, no dejan de ser secretos, y vivimos con un miedo mortal a que alguien los descubra. La regla más importante de la vida es: que no te cojan.

Pero hay algo profundamente insatisfactorio, incluso triste, en el hecho de tener un secreto que, si se guarda con mucho cuidado, muere con nosotros. Es como si nunca hubiera existido. Hay una extraña necesidad de dejarlo tras de sí, como una herencia rara. Me emociona imaginar a la gente reaccionando ante la noticia: los ojos muy abiertos de escepticismo, los labios entreabiertos de incredulidad, quizá el sonido de un asombrado «Vaya»...

Los secretos hacen que el mundo gire porque, si todos se descubrieran, el mundo se desmoronaría.

¿No?

Al verme, no pensaríais que tengo secretos importantes. Dado que, a los treinta y tantos años, visto bien y no comparto mi vida con nadie, podríais pensar que llevo una existencia un tanto hermética: libros, quizá, música clásica, un ático lleno de luz con vistas al lago, con paredes color pastel y decorado con buen gusto. Podéis imaginar que tengo jerez en un decantador de cristal, una reluciente cafetera exprés en la cocina. Podríais añadir un gato siamés. A nivel más íntimo, podéis imaginar algún episodio masturbatorio de vez en cuando para mantener las cañerías en buen estado, pero nada más pasional en ese hombre alto y guapo de hombros ligeramente encorvados, pelo corto castaño y ojos grises demasiado grandes para su rostro alargado. Podríais pensar, al ver mis gestos, mi manera de hablar y mis manos bien cuidadas, que sugieren una cierta feminidad, que mis gustos no se inclinan por el lado de las mujeres. Sin duda eso es lo que piensa la mayor parte de mis clientes.

Podríais pensar todo eso, pero os equivocaríais en lo del ático, la música, los libros, la cafetera, la masturbación, las tendencias sexuales y, sobre todo, en lo del gato. Sin embargo, vuestra impresión general no sería equivocada. Mis modales pretenden despertar confianza en mis clientes, la confianza que deben tener en su decorador de interiores, una confianza que surge de sus propios prejuicios superficiales. En mi trabajo, el afeminamiento –o lo que se puede suponer que son sus manifestaciones– confiere seguridad. Es uno de mis secretos.

La gente siempre se equivoca conmigo. Antes de que cumpliera diez años, mi madre, al verme las manos, me apuntó a clases de piano en el conservatorio, tres años de agonía hasta que los profesores le comunicaron amablemente la noticia de que las manos no hacen al pianista. Más adelante, al ver lo que había crecido y que tenía la esbeltez de

mi madre, mi padre se empeñó, contra la opinión del entrenador de la escuela, en que me dedicara al salto de altura. Hacia el final de la primera temporada, tuve la suerte de dislocarme un hombro y romperme una pierna al mismo tiempo. Mi padre abandonó en silencio sus sueños de campeonatos del mundo y glorias olímpicas.

Durante las semanas de convalecencia que siguieron, mi profesora de literatura no dejó de darme libros; para ayudarme a pasar el tiempo, dijo. Pero yo sabía que había algo más. A principios del trimestre nos había pedido una redacción, una historia corta. Yo copié la historia de una de las viejas revistas femeninas de mi madre, sobre un niño que odiaba a su madre porque ella pensaba que era un genio. La profesora conocía la historia de las clases de piano y creyó que estaba escribiendo sobre mí mismo. Le leyó el cuento a la clase. Los libros, que me dejaba de camino a su casa cuando volvía de la escuela, estimularían mi talento. Yo los devolvía sin leer y recuerdo su decepción al final de curso —el modo en que la luz de sus ojos pareció desaparecer, dejándolos cansados y tristes— cuando le dije que pensaba estudiar ingeniería eléctrica. Fue una crueldad, pero me enseñó lo importantes que son para las personas sus ilusiones, me demostró que las ilusiones las vuelven vulnerables. Preferirían que les robaran el dinero.

Descubrí mi interés por la decoración de interiores durante aquella época de movilidad restringida, aunque yo no lo hubiera llamado así por entonces. Los coches ya me interesaban, sobre todo la restauración de los antiguos. Un documental de la televisión me había llamado la atención, algo que trataba sobre el silencioso fervor de los restauradores, sobre el modo en que les hablaban los coches, con sus formas, con su tacto. No eran meros objetos bonitos de metal mecanizado. Eran vínculos a otra época, cuando la belleza era tan importante como la eficiencia y no sólo un asunto de marketing. La potencia y la sensualidad se

reflejaban en su carrocería impecable, en su cromado brillante, en los cremosos asientos de cuero. Me impresionaron las fotos de antes y después: cómo la pasión y el buen juicio pueden hacer revivir la elegancia.

Mis incursiones en el mundo de los *hobbys* nunca duraban mucho. Primero construí maquetas de aviones: Spitfires, Hurricanes y Superfortresses luchaban por hacerse un hueco en las repisas de mi habitación con los Stukas, Heinkels y Messerschmitts, pero después de una temporada no quedaba sitio para aterrizar y, peor aún, no servían para nada más que para coger polvo. Los dejé. Coleccionar sellos, que durante un tiempo prometió, acabó aburriéndome por su pasividad: comprar, lamer, pegar. ¿Y luego? El documental de la televisión me ofreció una nueva posibilidad: ocuparme de algo viejo, oxidado y roto, devolverle la vida con cuidados esmerados, y después usarlo. Me quedé deslumbrado.

Cuando mi padre volvió a casa del trabajo le hablé de lo que había visto. Él se sentó a la mesa de la cocina, cansado, y con las mejillas sin afeitar entre las manos, dijo:

—A ver, si lo he entendido bien, quieres comprar un viejo cacharro, pasarle una mano de pintura, hinchar los neumáticos y enredar con el motor.

—Es mucho más que eso, papá.

—Ni siquiera tienes edad para conducir.

Por entonces yo tenía catorce o quince años.

—La tendré.

—¿Y de dónde piensas sacar el dinero?

—Tengo un trabajo.

—¿Crees que repartir periódicos te permitirá pagarte eso? ¿Y dónde piensas poner los cacharros? Si te crees que te voy a dejar el garaje, ya te lo puedes ir quitando de la cabeza.

—Pero, papá...

—Ni «pero, papá» ni nada —dijo mi madre desde el fogón, donde estaba friendo chuletas de cerdo—. Ve a lavarte las manos para cenar.

Furioso, me fui a mi habitación. ¿Cómo iba a esperar que me entendieran? Papá se pasaba largos y sudorosos turnos encajando puertas de pasajero en carrocerías de coches nuevos, puerta tras puerta en estructuras que, más adelante en la línea de montaje, se convertirían en turismos de lujo que no se podía permitir. Mamá estaba todo el día limpiando el polvo, pasando la aspiradora y cotilleando con sus amigas por teléfono. Me sorprendía que alguna vez hubieran compartido una pasión suficiente como para concebirme; ¿o habría sido cuestión de pura lujuria, una breve rendición a un impulso que cambia una vida para siempre? Me parecía que mis padres eran personas por las que la vida se deslizaba.

Tumbado en la cama con la última luz del sol poniente de verano entrando por la ventana, vi de pronto lo feo que era mi cuarto. Era como si no lo hubiera visto nunca, probablemente porque siempre había sido mi habitación y los cambios tenían lugar lentamente, sin más razón que mis necesidades. De cuna a cama, de mesa a escritorio, de pequeña cómoda a cómoda grande. Las estanterías, tablas de madera sujetas por palometas metálicas atornilladas a la pared, las habían montado cuando empecé a ir a la escuela. Aparte de las maquetas de aviones, sólo contenían unos cuantos libros de texto. El espejo de cuerpo entero que estaba al lado se añadió algo más tarde. Mi madre esperaba que cuidara más mi forma de vestir si me veía a mí mismo, pero a mí me resultaba útil sobre todo para comprobar el tamaño de mi pene cuando aquello se convirtió en una preocupación.

Lo que menos me gustaba eran los colores. El edredón, verde aceitoso; el escritorio, marrón de laminado; la cómoda de melamina; el marco del espejo, azul brillante; las estanterías, untadas de un amarillo yema de huevo que había sobrado de un intento frustrado por embellecer unos muebles de jardín adquiridos en una venta de objetos de segunda mano.

Ecléctico sería una palabra adecuada para describir lo que estaba viendo como si fuera la primera vez. Otra sería caótico.

En el suelo, una moqueta pelada de color calabaza se extendía de pared a pared. Para los pies era como andar sobre rastrojos. Y las paredes, hacía años que no recibían un poco de pintura nueva. El azul celeste original se había vuelto mortecino y había adquirido cierto grado de oscuridad gracias al polvo incrustado. Nadie había intentado limpiar las marcas de los arañazos ni las huellas. Encima de mi escritorio, la pared estaba marcada con manchitas blancas donde la cinta adhesiva que usaba para pegar notas y fotos de coches antiguos había desconchado la pintura. Mi habitación parecía un albergue de vagabundos.

Para ser justo con mis padres, de bebé me habían metido en una habitación bien decorada. Había visto las fotos. Pero los años habían traído consigo la decadencia del mismo modo que el descuido y el tiempo deshacen lentamente hasta el jardín más exquisitamente diseñado.

Casi con pereza, apoyado en las almohadas de la cama, empecé a pensar en cómo podría mejorar mi cuarto. Sin saberlo, había encontrado mi futuro.

Días más tarde, vacié la habitación. Amontoné el escritorio, la cómoda y las estanterías en la acera a la espera del camión de recogida de muebles viejos. Metí las maquetas de aviones en una caja y las doné a un asilo de tarados. Arreglé las paredes estropeadas, lijé los rodapiés y arranqué la moqueta bajo la que, para mi gran alegría, apareció un suelo de madera en buenas condiciones. Mi madre, divertida, accedió a hacerme una funda nueva para el edredón. Mi padre, a quien se le aseguró que todos los gastos los pagaría con los ingresos de mi ruta de reparto, puso a mi disposición sus herramientas y me dio consejos sobre cómo lijar mejor, preparar las paredes y pintar. Lo único

que hizo él solo, por miedo a que ocurriera algún desastre, fue cambiar la lámpara del techo, sustituyendo el globo amarillento por un rombo de cristal esmerilado que yo había encontrado por un penique en una venta de segunda mano.

Cuando acabé, mis padres declararon que estaban impresionados. Le dije a mi padre que estaba pensando en ganarme la vida así. Él asintió, frotándose la barbilla.

–Reparaciones caseras –dijo–. Ahí hay futuro. Pero tienes mucho que aprender.

Aventuré que la universidad local ofrecía un título en ese campo.

–Muy bien –dijo al cabo de un minuto–. Termina el instituto y te pago la matrícula.

Más tarde, mi madre dijo:

–Le tranquiliza que hayas encontrado un modo de ganar la vida. Estaba muy preocupado, ¿sabes? Creía que no tenías ningún talento para el trabajo de verdad.

Lo que nunca les dije, y lo que nunca descubrieron, era que mi satisfacción procedía no tanto del trabajo físico como del proceso imaginativo que lo había precedido. Aplicar la pintura era mucho menos emocionante que las horas pasadas examinando muestras de pintura, montando diversos cuadraditos en cada pared, observándolos a diferentes horas del día, imaginándome las paredes de un color o de otro o en una combinación de varios. Lijar los rodapiés había sido arduo comparado con encontrar, tras búsquedas sin fin por ventas de segunda mano y charnileros, el espejo que quería, el escritorio que quería y la cómoda que quería, darles el tono deseado y colocarlos en el sitio perfecto. Empecé a hacerme con revistas de decoración, que guardaba bajo las revistas de coches a las que me había suscrito. *Car & Driver*, *Architectural Digest* y *House & Garden* eran mi pornografía.

Había una cosa más que nunca les dije a mis padres. El título de la universidad, que mi padre pagó y que conseguí

con buenas notas, no era de contratista, sino de decorador de interiores. He aquí otro de mis secretos.

Mi padre me consiguió un trabajo bastante bien pagado en una gran tienda de bricolaje. Después de unos cuantos meses duros en la zona de las maderas, me pasaron a la sección de pinturas con un turno normal de día. La mayoría de las noches y los fines de semana, trabajaba en pequeños encargos que me llegaban por medio de un profesor de la universidad que tenía una pequeña empresa de consultoría que aconsejaba a los clientes sobre colores e ideas decorativas. Les dije a mis padres que estaba haciendo trabajos de pintura para ganar un poco más de dinero. A partir de aquello, parecía un paso sencillo proporcionar consejos de decoración por mi cuenta.

Empecé pasando discretamente tarjetas comerciales a clientes de la tienda de bricolaje, en las que ofrecía mis servicios. Nadie los solicitó. A la mayoría le parecía gracioso que un dependiente varón de veintitantos años ofreciera consejos de decoración. Después de mi turno, solía vagar por el aparcamiento recogiendo tarjetas del suelo, tirando las que estaban estropeadas y guardándome el resto para reutilizarlas. Necesitaba un eslogan, algo como aquellos tipos de la tele que llegaban a unos extremos vergonzosos, pero fructíferos, para anunciar sus tiendas de coches o sus tiendas de descuento. Pero yo no podía permitirme los anuncios de la tele y lo que hiciera tenía que ser discreto; a mi padre le hubiera dado un ataque al corazón si me hubiera visto pregonando servicios de decoración de interiores en los descansos de los partidos de hockey.

Un buen hombre de negocios escucha a sus clientes: sus necesidades señalan el camino hacia la innovación. Aprendí, admito que con dificultades, a escuchar los comentarios de aquellos que no se convirtieron en clientes.

La primera vez que oí el comentario que cambiaría mi vida –o una variación de éste– fue poco después de haber empezado a dar tarjetas a posibles clientes. Había ayudado a sacar su compra a una pareja e iba a pasar a los siguientes cuando escuché una conversación susurrada entre la mujer y su marido. La mujer, que no estaba muy segura del color que habían elegido, miró mi tarjeta. «Quizá debiéramos probar.» Su marido hizo una mueca, negó con la cabeza y dijo: «Ni siquiera parece marica. ¿Qué sabrá él?».

Me ardió la cara. Apreté los puños. Fue un absurdo momento de furia. Como no había jugado nunca al hockey organizado, no habría sabido qué hacer con los puños cerrados. Me di la vuelta. Durante el resto de la tarde, las tarjetas se quedaron en el bolsillo de mi camisa, mientras yo, con los hombros echados hacia atrás, andaba por la tienda como un leñador perdido.

Dos veces más durante las semanas siguientes comentarios similares me pusieron la tensión por las nubes. Y finalmente, mientras me cocía en el autobús de vuelta a casa, me di cuenta: si lo que querían era un gay, un gay es lo que tendrían. A nivel profesional, por supuesto.

En ese momento de mi vida yo no había conocido a muchos hombres gays. Un chico había salido del armario en el instituto para muda sorpresa de todos –no porque fuera gay, sino porque hubiera hecho explícito lo que llevaba mucho tiempo siendo un cómodo secreto–, pero, en conjunto, ante la indiferencia general. Es cierto que a los pocos días apareció con un ojo morado y un labio hinchado, pero de todos modos solía ocurrirle; a pesar de su amabilidad, a veces podía ser un arrogante hijo de puta. Unos cuantos clientes de la tienda de bricolaje habían despertado mis sospechas, pero ninguno había hablado afectadamente, se había pavoneado ni había hecho girar las muñecas.

No me dieron muchas pistas ni me resultaron de gran utilidad. Pensé que tendría que llevar a cabo cierto trabajo de investigación.

No estaba nada familiarizado con el barrio gay. Se encontraba unas cuantas manzanas al este del centro comercial, un vecindario conocido en otros tiempos sobre todo por las drogas y la prostitución, pero que había subido de categoría en los últimos años. A pesar de mi nerviosismo, no pude evitar admirarme ante la hilera de casas recientemente restauradas, los elegantes bares y restaurantes, las librerías o la floristería, cuyo húmedo escaparate revelaba lo que parecía ser una jungla tropical.

Deambulé un rato y observé el barrio, con las manos a salvo, metidas en los bolsillos del vaquero. Supuse que toda la gente que andaba a mi alrededor era gay y me sorprendí al comprobar lo corrientes que parecían, como cualquier otro: altos y bajos, gordos y delgados, impecables y descuidados, gregarios y reservados. Me sentí valiente y me detuve en un bar –luminoso y fresco, paredes de ladrillo rojo adornadas con alegres cuadros– y, un poco nervioso, pedí una cerveza. El hombre que estaba en la mesa de al lado se puso a hablar conmigo acerca del tiempo tan estupendo que hacía a finales del verano. Su corte de pelo militar y su ceñida camiseta verde hacían pensar que era un soldado. Extendió la mano: «Craig», dijo. Luego, con la misma naturalidad que si me estuviera pidiendo prestado un bolígrafo, me invitó a su casa.

Tartamudeando ligeramente, le dije que no era gay.

–Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

–Tomar una cerveza. –Me pareció una respuesta más segura que decir: «Llevando a cabo una investigación».

–Es un bar gay –dijo, ligeramente exasperado.

–¿Lo es? No lo sabía. Soy de fuera.

–Sí, claro –se burló–. Es sorprendente la cantidad de tíos de fuera que entran en un bar gay por casualidad.

Me acabé la cerveza y me levanté para irme.

–Disfruta de la visita, amigo –dijo Craig.

–Gracias, eso espero.

–Si cambias de opinión...

La puerta se cerró tras de mí antes de que pudiera oír el final de la frase.

En el metro, de vuelta a casa, cuando hube superado la inquietante novedad de haber sido objeto de un intento de ligue, decidí que era una buena señal. Había esperanza. Repasé mis impresiones y me di cuenta de que un hecho destacaba. Los hombres a los que había visto comportarse como gays eran menos que los que había visto actuando como machos. Así pues, la realidad parecía justificar sólo un estereotipo, y no el que suele verse en los patios de la escuela, en la televisión y entre jóvenes ansiosos por demostrarse su virilidad heterosexual unos a otros. Es curioso que el giro de muñeca se haya convertido en un resumen risible de lo afeminado, y que no haya ocurrido lo mismo con el gruñido de gorila en el caso contrario.

Pero eso no me dejaba muchas posibilidades. Ligeramente desanimado, pensé en mi compañero de clase y en aquellos clientes de la tienda, y me pareció que una cualidad que compartían era una especie de dulzura. Cuando volví a pensar en los hombres que había visto y oído en el pueblo, incluso en el cachondo y poco sutil Craig, me pareció que la dulzura –la dulzura de una persona tímida que casi ha superado su timidez, pero no del todo– era una parte importante de la ecuación. Por supuesto, yo no era ningún ingenuo. Sabía que el mundo gay, como el hetero, tenía sus rincones oscuros. Un grafiti pintado con *spray* en una pared del bar –*A LOS HETEROS LES GUSTA EL VINILO, A LOS GAYS LES GUSTA... ¡¡¡EL CUERO!!!*– me lo recordó. Pero aun así, en ambos mundos, aquellos rincones seguían siendo oscuros.

En undécimo curso, monté una iluminación para el grupo de teatro de la escuela. Sentado ante la consola y mirando hacia el escenario con los auriculares pegados a

las orejas, oí al profesor de teatro decir una y otra vez: «Menos es más, chicos, menos es más. Metéoslo en la cabeza». Le estaba hablando a Romeo, cuya expresión de amor por Julieta era tan exagerada que se podía ver su saliva salpicándola a través de las luces, y eso que ella estaba por encima de él, en el balcón. El truco, pues, estaba en la sutileza, cosa que le quedaba demasiado grande a nuestro Romeo. La noche del estreno fue memorable, sobre todo por el grito de «¡Por Dios, al fin!», que brotó de la parte de atrás del patio de butacas tras la escena de su muerte. Esta necesidad de ligereza también se refería a las luces: la puesta de sol se convertía en mediodía con el más ligero roce de un dedo. Aprendí bien la lección.

Cuando me quité los zapatos en casa aquella noche, se me ocurrió una estrategia: suavidad en la voz, suavidad en los gestos, y nada más. Como la mejor de las estrategias, era sencilla, simple y no pasaba nada si de vez en cuando se me olvidaba. Sería suficiente establecer una sospecha sin confirmar nada. Lo único que se necesitaba era modulación, una especie de atenuación de mi personalidad: recortar un poco aquí, destacar un poco allá, pulir las aristas y situar las sombras –un gesto huidizo, una cierta mueca en los labios– en su sitio. No era cuestión de caricaturizar nada, en absoluto. Era, por encima de todo, cuestión de interiorizar una dignidad contenida.

Me paré poco a pensar en el impacto que aquello podría tener en mi vida personal. No tenía novia de la que preocuparme, aunque de vez en cuando salía con alguna chica de la tienda de bricolaje, normalmente al cine o a algún bar de estudiantes. Es cierto que me provocó cierto nivel de ansiedad que sólo disminuía a última hora de la noche, cuando estaba solo, sin riesgo de que me atraparan, pero era la ansiedad del jugador, terrorífica y excitante al mismo tiempo. Había arte en aquello y como alguien, no recuerdo quién, dijo una vez, todo artista es un jugador.

Empezaron a llegar las llamadas, no en aluvión, pero sí con cierta regularidad: escoger el color nuevo para la cocina, redecorar un estudio, animar un sótano, convertir el dormitorio de invitados en un cuarto de bebé. Cuando mi madre, que advirtió cómo crecía el tráfico telefónico, comentó todas las llamadas que estaba recibiendo, le dije que eran de clientes que me encargaban pintarles las paredes y de amigos nuevos que había hecho en el trabajo. Al día siguiente pedí que me pusieran una nueva línea en mi habitación –mi padre no puso inconvenientes, la pagaba yo– e instalé un contestador que informaba a los clientes que estaban llamando a la oficina de New World Design y que por desgracia nuestro personal estaba ocupado en ese momento, pero que si eran tan amables de dejar un recado...

Si hubiera albergado alguna duda sobre el origen de mi modesto éxito, se disipó el día que visité un piso en un caro edificio con vistas al agua. Mi antiguo profesor me había recomendado a Ian, el dueño, un hombre bastante joven a juzgar por la voz del mensaje. Quería redecorarlo todo y estaba buscando el diseñador adecuado. Ian quería que fuera a ver su casa y le dijera qué haría yo con ella. Competiría con otros tres por el contrato que, de conseguirlo, sería con mucho el más lucrativo de los que había tenido.

Me vestí con esmero para la consulta, con una camisa azul de cuello abierto, pantalones grises, una americana azul y mocasines negros. Aquí también se requería modulación: ropa de aspecto profesional, cara, descuidada dentro de lo razonable. A pesar de mis esfuerzos, mi madre me vio cuando salía. Silbó de admiración.

–¿Adónde vas así, vestido para matar?

Le dije que tenía una cita.

–¿Quién es la afortunada?

Le dije que no la conocía, que era alguien que había conocido en el trabajo.

–¿Una cita por la tarde?

Kerrie —que fue el nombre que se me ocurrió— trabajaba en el turno de noche, dije, y sólo estaba libre por las tardes. Cuando mi madre empezaba a formular la siguiente pregunta, yo ya había salido.

Ian resultó ser un hombre de treinta y tantos años con poco pelo y una voz más joven que él. Me hizo entrar, me estrechó la mano.

—Echa un vistazo —dijo—. Tómate tu tiempo, y cuando estés listo habla conmigo como si el precio no fuera ningún problema.

—¿Lo es? —pregunté.

—No.

Fisgué a mi alrededor: sala de estar, comedor, cocina, aseo, dormitorio principal y dormitorio de invitados con baño, un estudio que daba al lago, doce pisos más abajo. Todas las paredes estaban pintadas con el mismo color crema insulso y por todas partes había muebles comprados en un *outlet* cuyo dueño era uno de aquellos tipos que salían en la televisión y que en otro tiempo envidiaba. Para alguien con imaginación y un presupuesto ilimitado, era como el parque de atracciones del decorador.

—Los franceses tienen una palabra para un lugar con este aspecto —dije—. *Affreux*. —Le había robado la palabra a una cliente francófona que la usaba para describir las paredes rojo sangre del dormitorio de su futuro bebé.

Él me miró impertérrito.

—Entonces ¿qué harías?

—Tirarlo todo.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Hasta la silla de cuero del estudio? Era de mi abuelo.

—No va con el concepto.

—El concepto.

—Mira, deja que te explique. —Saqué una pequeña libreta del bolsillo de la americana y lo conduje a la mesa del comedor. Rápidamente fui dibujando las ideas que iban

tomando forma en mi mente—. Comprenderás que esto no son más que los preliminares —dije—. Tardaré unos días en darles forma. Las cosas necesitan tiempo para cuajar.

Él asintió. Estaba claro que le gustaba lo que estaba viendo y nunca sospeché que, con unas pocas modificaciones de mi cosecha, le estaba ofreciendo básicamente habitaciones que había visto en mis revistas de decoración. El concepto, dije, era mediterráneo, sobre todo el sur de Francia; después de haberlo dicho, pensé un poco preocupado que quizá el sur de Francia no se considerase mediterráneo.

—Mediterráneo —repetió, como disfrutando de la palabra. Me ofreció una copa.

Charlamos, bebiendo chupitos de tequila. Ian trabajaba en el departamento financiero de una multinacional. Había viajado mucho y acababa de ser ascendido. Ganaba mucho dinero. Había decidido recompensarse a sí mismo por lo duro que había trabajado redecorando su casa. Luego dijo:

—Será una sorpresa para Manuel cuando finalmente consiga el visado.

Manuel trabajaba en la oficina de la multinacional en Ciudad de México. Se habían conocido en una reunión de la compañía en Cancún y se habían enamorado. Llevaba dos años intentando traerse a Manuel, pero había problemas con inmigración. Un abogado se ocupaba del asunto. Ian añadió:

—Cosas que otra gente da por supuestas se convierten en problemas para personas como nosotros. Ya sabes cómo es, ¿eh?

Me miró buscando una confirmación. Y por primera vez desde que había empezado a utilizar mi estrategia, metí la pata. Quizá el tequila me había hecho bajar la guardia.

—Ian —solté—. No soy gay.

—Oh —dejó el vaso—. ¿Estás seguro?

Asentí. A mi alrededor, un andamio invisible se estaba hundiendo en silencio.

–Lo siento. Pensé... Ya sabes, pensé que eras de los nuestros.

Le puse el capuchón al bolígrafo. Fin del juego.

Después de un momento, volvió a coger el vaso, hojeó mis dibujos y dijo:

–Cuéntame más cosas de tu concepto.

A veces eres consciente de que te están brindando una gran oportunidad: al músico de estudio le ofrecen de pronto un contrato para grabar, al abogado principiante le dan el gran caso. Otras veces reconoces la oportunidad sólo en retrospectiva, una vez ha florecido y ha traído consigo otras.

Ian fue mi gran oportunidad, o al menos una muy buena. Acordamos que la obra se haría mientras él estuviera en viaje de negocios. Iba a estar fuera dos semanas. Contraté a dos chicos de la tienda de bricolaje para que pintaran –la tienda proporcionaba todo con descuento para empleados– mientras yo recorría la ciudad buscando los muebles que necesitaría para hacer realidad mi concepto. Fue una época agotadora y divertida, y hubo momentos en que me desesperé y pensé que nada se acabaría. Una tarde, a última hora, volví al piso llevando un montón de compras y encontré a mis pintores ocultos por una nube de humo –hacían pausas para fumar marihuana en lugar de pausas para tomar café– y habían aplicado cuidadosamente azul cobalto y rosa atardecer en las paredes que no eran. No se preocuparon mucho. Cuando dije que había decidido que la pared que habían pintado de azul tenía que ser rosa porque daba al oeste y atraparía los rayos del sol poniente, trataron de convencerme de que había confundido los puntos cardinales. Cuando uno de ellos dijo con gran seriedad: «¿Quién coño ha dicho que el sol tenga que ponerse siempre por el oeste?», comprendí que tendría que pasarme días arreglando su error.